

DIARIO DE UN PEATON

*** Las Criadas y la Logia

(Por Germán Arciniegas)

SI usted va a contratar los servicios de una cocinera en los Estados Unidos, es muy probable que le ocurra lo que me sucedió a mí. Ella le dirá: «Acepto sus condiciones, pero le advierto que los martes y los jueves saldré antes de las siete de la noche porque voy a la logia». Y aquí es muy difícil dar con una persona que no tenga su logia. El desmoronamiento de la familia lanza a los americanos detrás de cualquier asociación. Es el calor artificial que se busca cuando se ha perdido el rescoldo del hogar antiguo. Pero, como es obvio, tal hecho le colocará a usted delante de esta cuestión: ¿Dónde termina la cocina y dónde comienza la logia?

Es este uno de esos límites indecisos con que siempre he tropezado en Norteamérica. Hay ciertas cosas grandes que ahogan aquí los pequeños goce de nuestra antigua manera de vivir y de ver el mundo. Y una terca rebeldía, que en el fondo no debe ser sino falta de adaptación nuestra, persistencia de nuestro salvajismo, nos pone a indagar en dónde se perdieron el individuo, la criada, el músico. Yo voy a buscar a Disney, el dibujante de las caricaturas animadas, y me encuentro con una fábrica de celuloide; le pregunto a un estudiante cómo se llama y me contesta: de la Universidad de Nueva York; voy a hablar con una cocinera, y doy con una logia.

Esto tiene un fondo de disciplina heroica. En Sur América todos queremos ser primeros violines, y hacer el solo a cada instante. Aquí el músico lo que quiere es ser de la orquesta, del «team», estar en el equipo. Nosotros tenemos personalidad, en el sentido material de la palabra. Como se sabe, «persona» viene de una ficción latina: de colocarse los actores una máscara delante de la cara para hacer que la voz sonara más duro—per sonare—de modo que ya la persona quiere distinguirse metiendo ruido, haciéndose oír como una matraca. Y esto es lo que nos entusiasma a nosotros: que todos los oídos se vuelvan hacia donde estamos nosotros moviendo la matraca.

Cuando una persona en Sur América no suena, nace la idea del individuo anónimo, que es, hasta donde mis conocimientos alcanzan, la primera idea del soldado desconocido. Aquí, en Estados Unidos, no hay el individuo anónimo, sino la sociedad anónima. Cuando usted atropella con el suyo el carro del vecino, el vecino le dice con una superioridad definitiva: «Usted ha chocado con la American Automobile Association». Y cuando la cocinera dice de cierta condición, hay como un disimulado orgullo que se revela en su rostro y que le indica a usted algo muy importante. «¿Sabe usted con quién trata? Con la Logia».

1
6
3
En Sur América quien se hunde en el anonimato es un pobre diablo, triste, descolorido, que pasa la vida más como una sombra que como un sujeto de carne y hueso. Muy raras veces ocurre, pues cualquiera allí se manifiesta, suelta una carcajada en el tranvía, atropella a una señora en la calle, da un golpe en la mesa del café, en una palabra, se hace sentir, y ya es persona. En los Estados Unidos quien se «incorpora», quien adquiera esas tres letras de la sociedad anónima: «Inc», ya es una fuerza. Fuera de las anónimas, los americanos son precisamente sombras, polvo, ceniza, nada: pero cuando sienten el calor de su muchedumbre organizada, se rehacen. En castellano decimos «re-incorporar» cuando materialmente un muerto resucita. Y esto es lo que ocurre aquí. Pero usted no podrá darse cuenta de lo que es el milagro sino el día en que venga acá y hable con la cocinera.

¿Quién era antes Mrs. Johns, mi cocinera? Un ente, un espíritu, la sombra de una sombra, la sombra de Mrs. Johns. Pero Mrs. Johns entró a lo que a usted le dé la gana: a la Logia, a la Christian Science, al Loto Blanco de los Rosa Cruz; momentos después, tenía un cuerpo (se había Inc.), sus carnes eran duras, sus manos se habían agarrado a una roca, sus ojos ya estaban fijos en algo para el resto de sus días. Se sintió tan formidable Mrs. Johns, que ya no recuerda los tiempos en que era una sombra, y al decir que los jueves por la noche va a la Logia no lo dice con ternura: lo dice con fiereza y con orgullo.

Menlo Park

IP

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA